# "Si la muerte nos dejara otra primavera'

(Fragmento de la novela del mismo nombre, editada por "Publicaciones" del Ministerio de Educación, 1980).

**Por Carlos Balaguer**

Esther fue enviada a Guatemala para estudiar en un internado de menores. Sería educada dentro de un ambiente estrictamente religioso. Toña, desde la cocina, advirtió que la casa iba quedando aún más vacía; como una apartada galaxia a la cual se le van muriendo poco a poco sus planetas. La niña por lo menos embullaba con las gallinas guineas en el traspatio o se ponía a cantar las canciones del burro sabanero o del gallo Samuel. Pero, faltando ella, ¿qué quedaba? ¿Acaso un nidal vacío de amor? Un lugar en la creación, donde alguien se mete en nosotros o sale para siempre, sin dejar una herida, o un camino hacia el corazón.

Afuera, en el traspatio, algo pasaba. Las hojas de los calendarios siguieron rompiéndose en algún lugar. El árbol que nunca antes había florecido, comenzó a brotar una rara floración de alas blancas, delgadas e inatrapables. La madrugada en que se hubo cubierto por completo bajaron desde las más profundas alturas varios ángeles emisarios que se llevaron la floración entera.

Desde entonces no volvió a repetirse el milagro, porque Laura —atrapada en sus angustias— no podría aceptar la idea de parir aquel hijo. En el fondo supo que nunca llegaría a quererlo, que era igual a todos los seres inalcanzables de su vida; es decir, de su castigo, si es que merecía ser castigada por ramera asolapada o por estar hecha de una materia que el amor nunca podría encender.

Tomó una secreta determinación. Por primera vez —después de mucho tiempo de encierro— salió de la casa; de tarde, escondiéndose en las campanadas depresivas de las seis. Quiso pasar inadvertida y para ello se cubrió con un tapado de encajes hediondo a bolas de naftalina. Entre la más necesaria discreción llegó hasta la pocilga de Maruca Vides, la matrona de un barrio bajo, encargada de partos y urgencias. El miserable cuartucho estaba iluminado apenas por un mechero gordo de gas. La vieja, fumándose un grueso puro, salió a abrirle, un tanto extrañada por la visita.

—¿Qué le sucede, doña?

—¡Algo feo... Sé que usted lo puede hacer!

La matrona, de endurecido rostro, frunció las cejas, y después de dar un escupitajo a su siniestra, quedó pensativa. Después vio a los ojos de Laura, buscando en qué poder remediar.

—No veo nada de malo en que nazca —dijo—. Supe que Don Sósimo, su marido, murió hace algunos meses. Puede decir que el niño es de él...

—¡No! compréndame. No quiero...

—Sí, no quiere que nazca.

Laura se sentó sobre una silla deteniéndose la frente.

—Es terrible... No le quiero. Siento algo feo y repugnante que no sé lo que es...

—Desprecio doña. Le siente un desprecio profundo. Quiere sacar de su barriga ese rencor que late dentro. El niño ha ocupado un lugar extraño.

—¡Cállese!

—Sí, doña. Me callo. Sólo soy una vieja ignorante. Pero sé hacerlo y conozco mi oficio. No es la primera vez que alguien desprecia. Además los puedo sacar para que vivan o para que mueran. Es mi trabajo.

La partera cerró bien la puerta de la calle y la ventana que daba al exterior. Fue a tender sábanas a una camita larga —como litera de morgue— que estaba detrás de un cancel hecho de papel de diarios y portadas de revista. Después desinfectó la utilería; preparó unos frascos con alcohol y otras aguas de color. Después agregó gasas, trapos de algodón y pinzas.

Recuerde que es un aborto —dijo Laura desde la silla, mientras observaba a la partera.

—Sí, ya lo sé, doña. Lo que sucede es que el procedimiento es casi el mismo. Ya le dije que es lo mismo sacarlos a vivir que a morir. Siempre es el mismo dolor, el mismo vacío. Siempre duele y brota la sangre. En resumidas cuentas, a mí me da igual. Me pagan y tengo que verlas sufrir y aguantar.

Después de terminar con los preparativos, Maruca condujo a Laura hasta la estrecha litera. Comenzó a desnudarla. La blancura del cuerpo mostraba manchas y rozones como nidos de hongo.

—Acuéstese y afloje el cuerpo.

—No me vaya a dañar; ¡no quiero sufrir!

—No se preocupe; sólo es algo lo que ha de morir y no es usted. Duele menos que cuando salen para vivir. O por lo menos, es otro tipo de dolor.

Le puso almohadas debajo de las nalgas, le recomendó que abriera bien las piernas y no fuera a gritar porque podía llegar la policía. Después de mojar los trapos con aquellas aguas introdujo sus dedos nudosos y enfermos en el vientre de Laura, y comenzó a desangrar los intrincados caminos de la vida.

La noche estaba tibia y desolada. El viento, en sus zigzagueantes vertientes, arrastraba las risas y sollozos de discursos, de gente que dice adiós o que se ama en algún parque de araucarias. Una a otra se fueron formando las partes de aquel parlamento desigual en el misterio de la tierra, de las alturas, y los desiertos urbanos.

Sobre la litera manchada por la sangre y los frascos derramados, Maruca —metiéndose como un buitre en el cuerpo abierto y engarabatado de Laura— luchaba por encontrar aquel latir escondido en los lugares de la vida.

—¡Es imposible. No logro entender lo que pasa!

Y rebuscando los rastros de aquel sentimiento bastardo, la partera arañaba los vacíos espacios siderales de un cuerpo sin vida y sin amor. Cansada de buscar lo que el destino dejó bien oculto desistió al fin, arrodillándose junto a la litera como en un acto de reverencia, porque en las morgues de hospitales y de cementerios, según decía en vida Toña Méndez, estaban las puertas del cielo; y es de ahí que se pasa al mundo mejor, que soñamos muriendo, quizá para otro amanecer o para otra oportunidad.

—Váyase, doña y no vuelva a poner un pie nunca más en esta pobre casa de la vida.

—Laura salió taciturna, llevando dentro de sí el palpitar de aquel desprecio que Dios quiso conservar en sus entrañas después de la más apartada desilusión.

Los meses transcurrieron. Las guineas seguían naciendo, muriendo y renaciendo. Y con aquel constante aparecer y desaparecer, fueron midiendo aquellos tiempos inenarrables con su silbato de flauta.

# Rubén Darío en la conciencia del mundo

**Por Salvador Vides y Vides**

Hablar de Rubén Darío, es hablar de las rosas, de las estrellas, y de los celajes. Es hablar de la inmensidad azul de los mares y de la humildad de las violetas. Es adentrarse en los piélagos sonoros de su poesía iluminada; de una poesía que nos hace pensar mucho lo grande que fue su pensamiento, sublime y arrobador para meterse en los espíritus sensibles como aguijón de luz, inmortalizado en la idea forjada con belleza y ritmo incomparable, como pocos poetas saben hacerlo.

Rubén Darío escribió versos con claridad rutilante, como de estrella, y trazó caminos de innovación a los que habían de seguirle en el delicado oficio de la poesía. Rubén Darío se clavó muy hondo en la conciencia del mundo, desde que comenzó a desflorar ese rosal de luz de sus inmortales versos, como aquel que dice: "Allá está la cumbre! ¿Qué Miras? Un astro. /¿Me amas? —¡Te adoro! ¿Subimos? ¡Subamos! ¿Qué ves? Una aurora, Fugitiva, y pálida—/ ¿Qué sientes?— Anhelo./ ¡Esa es la esperanza!

Y así, el gran bardo nicaragüense se perfila como uno de los aedas más brillantes de la historia, definitivamente glorioso, y nimbado de una claridad boreal por el inmenso caudal de espiritualidad que no tuvo diques para inundar las almas de los pueblos que nunca dejan de llorarlo, y recordarlo con embeleso. Rubén Darío vive en la conciencia del mundo, porque la llama de su inspiración aún parece febricitar los corazones, a pesar del drama material que se vive de la época. Su poesía es como un cortejo de clarines, difícil de olvidar, y difícil de acallar su celestial musicalidad el estruendo loco de la mecanicidad del siglo.

La poesía de Rubén Darío es eterna, como eternas son las cosas de Dios. Inmortal, como el espíritu mismo; bella como el iris multicolor de las rosas al caer el rocío de la mañana. Sugestiva, como esa sugestividad propia del sentimiento elevado del que escribe para las almas.

Así es la poesía de Rubén Darío, original, cautivadora, y de una gran trascendencia espiritual; por su profundidad y extensión, sólo podemos compararla con aquellos versos del mejicano Manuel Gutiérrez Nájera, cuando este gran poeta de la tierra de los palacios, escribe así:

Padre; en las recias luchas de la vida
Cuando mi pobre voluntad flaquea,
¿Quién sino tú me alienta en la caída?
¿Quién sino tú me ayuda en la pelea?
Todo es mentira y falsedad y dolo,
Todo en la sombra por la espalda hiere,
Sólo tu amor ¡Oh Padre! Tu amor solo,
No tiene engaño, ni doblez, ni muere.

Es así como admiramos el aticismo inspirador de estos grandes de la poesía clásica y revolucionaria que viven en la conciencia del mundo, como tal fueron en la vida; con sus cantos gloriosos, con sus marchas triunfales, incrustándose en el tiempo y en la historia bajo la alborada tricolor de sus versos de luz y amor.

# *Réquiem*

**Por Ricardo Ramos**

Marina te llamé de muy muchacho.
Marina de mirada campesina.
Eras linda como una golondrina
revolando sin fin con tu fardacho.

Temprana era la luz que bien miraba
tu esperanza inocente y mañanera
y aquel pañuelo azul —cual si bandera—,
dijiste que era de alguien que te amaba.

Temprano conocí bien tu mirada
y en un amanecer te hice un soneto
y en alas periqueras del pepeto
volaste en emoción y fuiste amada...

Tus años se te fueron muy de prisa,
como un amanecer de aves tempranas
y a lo lejos se escuchan las campanas
y tu alegre parlar..., tu loca risa.

La inquieta Margarita (del fiel Dumas)
era pálida estrella en tu camino
y a pesar de las sombras de tu vino
fuiste reina de playas y de espumas...

Hoy se encuentran muy tristes los jilgueros.
Muy triste la canción de nuestro río,
más triste el corazón, más triste el mío,
más tristes tus tempranos compañeros.

Adiós tu "Barcarola" de Neruda.
Adiós al reverdor de tus pupilas.
Un adiós a tus albas retranquilas.
Adiós tu amanecer "Maja desnuda".

Ya pronto nos veremos sin espera
entre campos sutiles, entre luces...
Ya pronto nos veremos sin las cruces
del odio... mi adorada compañera.

Filosofía, Arte y Letras